

843

Z.

PQ 2499

.C98

v.1



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

81808

LA RALEA

I

Era tanta la aglomeración al regreso de carruajes que volvían por la orilla del lago, que la carretela tuvo que marchar al paso. Hubo un instante en que los obstáculos aumentaron en tal medida, que hasta le fué preciso detenerse.

El sol declinaba a su ocaso en un cielo de octubre gris claro, surcado en el horizonte por ligeras nubecillas. Los últimos rayos, que se desprendían de las lejanas espesuras de la cascada, enfilaban el arrecife, cubriendo con claridad rojiza y pálida la interminable hilera de coches que se habían quedado parados. Los dorados reflejos, los vivos resplandores que despedían las ruedas, parecían haberse fijado en los pajizos colores de la carretera, cuyos tableros, de azul oscuro, reflejaban trozos del paisaje que se extendía alrededor. Y, sentados en el pescante, en plena claridad rojiza que les iluminaba por la espalda y que hacía relucir los botones de cobre de sus capotes, medio doblados sobre el asiento, el cochero y el lacayo, con su librea azul oscuro, con sus calzones blancos y con sus chalecos de rayas negras y amarillas, se mantenían rígidos, graves y pacientes, como servidores de buena casa, a quienes la confusión

de vehículos no llega nunca a hacer salir de sus casillas. Sus sombreros, adornados con escarapela negra, revestían gran dignidad. Tan sólo los caballos, soberbio tronco bayo, piafaban impacientes.

—¡Calle!—dijo Máximo,—allá lejos, en aquel cupé, está Laura de Aurigny... Mira, Renata.

Renata se incorporó ligeramente y entornó los ojos, con aquel gracioso mohín que le imprimía la debilidad de su vista.

—Yo la creía sabe Dios dónde—dijo.—Ha cambiado el color de los cabellos, ¿verdad?

—Sí—contestó Máximo echándose a reír;—su nuevo amante tiene una gran ojeriza al rojo.

Renata, echada hacia adelante, con la mano apoyada en la portezuela del coche, miraba, despierta ya del triste ensueño que desde hacía una hora la mantenía silenciosa, recostada en la testera del coche, como en un sillón de convaleciente.

Llevaba sobre un vestido de seda, color de malva, con delantal y túnica, adornado con anchos volantes rizados, un gabancillo de paño blanco con vueltas de terciopelo, que le comunicaba un aspecto de seductora desenvoltura. Su extraña cabellera, color amarillo pálido, de manteca fina, apenas quedaba oculta por un ligero sombrero adornado con una porción de flores de Bengala.

Continuaba guiñando los ojos, con su aspecto de jovenzuelo impertinente, con su frente pura, surcada por profunda arruga, con su boca, cuyo labio superior que sobresalía un tanto, se asemejaba al de un muchacho enfurruñado. Como no veía gran cosa, tomó el lente, un lente de hombre, con armazón de concha y teniéndolo en la mano, sin apoyarlo en la nariz, se puso a examinar a la corpulenta Laura de Aurigny a

su entero sabor, y con ademán del todo tranquilo.

Los carruajes continuaban estacionados. Entre las uniformes manchas de color obscuro que formaban las interminables hileras de los cupés, sobrado numerosos aquella tarde en el Bosque, relucían al lado de un cristal el bocado de un caballo, el plateado mango de un farol, los galones de un lacayo encaramado en su asiento del pescante. Acá y acullá, en un landó descubierto, brillaban telas espléndidas, tocados de mujer, sedas o terciopelos. Poco a poco había llegado a reinar un gran silencio en medio de aquel barullo, quedando todo inmóvil; de modo que desde el fondo de los carruajes se oían las conversaciones de los transeúntes. De portezuela a portezuela cambiábanse mudas miradas, y nadie conversaba ya en aquella espera, interrumpida tan sólo por el crujir de los arneses y el impaciente piafar de los caballos. A lo lejos los confusos rumores del Bosque se desvanecían.

A pesar de lo avanzado de la estación, allí se encontraba todo París: la duquesa de Sternich, en un carruaje de gran gala; la señora de Lauwerens, en una victoria tirada por magnífico tronco; la baronesa de Meinhold, en un maravilloso birloche arrastrado por soberbios caballos castaños; la condesa Vanska, con sus jacas de abigarrada piel; la señora Daste, con sus famosos alazanes negros; la señora de Guende y la señora Teissiere, en cupé; la pequeña Sylvia, en un landó azul obscuro. Véase también a don Carlos, vestido de luto, con su servidumbre de librea antigua y solemne; a Selim pachá, con su fez y sin su ayo; a la duquesa de Rozán, en su *cupé-egoísta*, con librea empolvada de blanco; al señor conde de Chibray, en su *dogcart*; al señor Simpson, en un *mail* de lo más elegante; toda

la colonia americana. No había que olvidar dos académicos, en sencillo fiacre.

Los primeros carruajes pudieron al fin desenvolverse, y poco a poco toda la fila no tardó en ponerse en movimiento, aunque con lentitud. Fué aquello como un despertar. Millares de resplandores aparecían aquí y allá, repentinos relámpagos cruzábanse en las ruedas e incesantes chispas se desprendían de los arneses agitados por los caballos. Por el suelo y sobre los árboles se extendían anchos y cristalinos reflejos. Aquel centelleo de los arneses y de las ruedas, aquel relumbrar de los charolados flancos de los vehículos en que parecía arder la roja brasa del sol poniente; todos aquellos vivos matices que se desprendían de las deslumbradoras libreas, destacándose sobre el celaje, y los lujosísimos trajes de las damas, que desbordaban de las portezuelas, todo parecía por tal modo arrasado en el rumor sordo, continuo y cadencioso del trote de los caballos. Y el desfile prosiguió, acompañado de los mismos ruidos y en las mismas horas, sin cesar y en un solo rayo de luz, como si los coches delanteros hubiesen tirado de los demás que iban tras ellos.

Renata se había abandonado al ligero movimiento de la carretela que se había puesto en marcha, y dejando caer el lente, había vuelto a medio recostarse sobre los almohadones. Sintiendo algún frío, atrajo hacia sí un extremo de la piel de oso que cubría el interior del carruaje como con un manto de sedosa nieve; sus enguantadas manos fueron a hundirse en la suavidad de la rizada piel. Habíase levantado un vienteccillo norte algo fresco. Aquella templada tarde de octubre, al comunicar al Bosque un retoñar de primavera que hizo salir a las señoras de la

aristocracia en carruaje descubierto, amenazaba terminar en noche de intenso frío.

Durante algunos momentos la joven permaneció arrebujaada, en su calentito rincón, entregándose al voluptuoso balanceo de todas aquellas ruedas que giraban a su vista. Después, volviendo el rostro hacia Máximo, cuyas miradas desnudaban con toda tranquilidad a las mujeres que se ostentaban en los cupés y en los landós vecinos:

—Pero ¿es cierto—le preguntó—que te parece bonita esa Laura de Aurigny? La elogiabas tanto el otro día cuando se anunció la venta de sus diamantes!... A propósito, ¿no has visto el collar y la piochia que tu padre me compró allí?

—En verdad que mi padre hace bien las cosas—dijo Máximo sin contestar y con maligna sonrisa.—Así encuentra medio de pagar las deudas de Laura y de regalar diamantes a su mujer.

La joven se encogió ligeramente de hombros. —¡Ah, libertino!—murmuró sonriendo.

Pero el joven habíase inclinado hacia adelante, siguiendo con la vista una dama cuyo vestido verde le interesaba. Renata había inclinado hacia atrás la cabeza, con los ojos medio cerrados mirando perezosamente a ambos lados de la avenida, aunque sin fijarse. Por la derecha desfilaban lentamente los verdes sotos, los achaparrados árboles de rojizas hojas y de mezquinas ramas; de vez en cuando, por la avenida reservada a los jinetes, atravesaban caballeros de delgado talle, cuyas monturas, al galopar, levantaban nubecillas de sutil aroma. A la izquierda, al pie de las angostas fajas de césped que descienden recortadas a modo de canastillas y de macizos de verdura, el lago dormía con transparencia de cristal, sin la más leve espuma, como

recortado con toda limpieza en sus orillas por la azada de los jardineros; y a la otra parte de tan claro espejo, las dos islas, entre las cuales el puente que las une formaba una barra gris, alzaban sus risueñas escarpaduras, haciendo resaltar, bajo el pálido celaje, las teatrales líneas de sus abetos, de sus árboles de perpetuo follaje, cuya sombría verdura reflejaba el agua, semejantes a franjas de cortinajes graciosamente dispuestos en el límite del horizonte. Aquel rincón de la naturaleza, aquella decoración que parecía recién pintada, bañábase en ligera obscuridad, en azulado vapor que acababa de prestar a las lontananzas un exquisito embeleso de apariencia encantadora. En la margen opuesta, el *Chalet de las Islas*, como si hubiese sido barnizado la víspera, ofrecía resplandores de juguete acabado de comprar; y aquellas franjas de arena amarilla, aquellas estrechas avenidas de jardín que serpentean por entre el musgo y se envuelven en torno del lago, festoneadas de aros de hierro imitando varas rústicas, se destacaban por modo extraño en aquella hora del crepúsculo, sobre el verde suave del agua y del césped.

Acostumbrada a los artificiales atractivos de aquellos puntos de vista, Renata, dominada de nuevo por sus displicencias, había entornado por completo los párpados, sin mirar ya otra cosa que sus delgados dedos, en los que se entretenía en enrollar, a manera de husos, los largos mechones de la piel de oso. Mas a consecuencia de una brusca sacudida en el trote regular de la hilera de coches, levantó la cabeza y saludó a dos mujeres jóvenes, recostadas una al lado de otra con amorosa languidez, en una lujosa carretela, que se apartaba con gran estrépito de la orilla del lago, para alejarse por una avenida lateral.

La señora marquesa de Espanet, cuyo marido, edecán a la sazón del emperador, acababa de unirse ruidosamente al escándalo de la antigua nobleza mohina y despechada, era una de las más ilustres mujeres de mundo del segundo imperio; la otra, la señora Haffner, se había casado con un famoso industrial del Colmar, veinte veces millonario, y del que el imperio hacía un hombre político. Renata, que había conocido en el colegio a las dos inseparables, como se las designaba con cierta malicia, las llamaba Adeline y Susana, que eran sus respectivos nombres de pila.

Y como después de dirigir su sonrisa a ambas amigas, se dispusiese de nuevo a arrebujarse en el fondo del coche, una carcajada de Máximo hizo que de nuevo se volviera.

—No, en realidad estoy triste, no te rías, esto es serio—dijo al ver que el joven la contemplaba en són de burla, figándose de su abatida actitud.

Máximo, en tono impertinente, contestó:

—A lo que se ve, tenemos nuestras grandes melancolías. ¿Si estarias celosa?

Renata pareció de veras sorprendida.

—¡Yo! —exclamó.— ¿Por qué habría de estarlo?

Luego agregó con un mohín desdeñoso, como si hiciese memoria:

—Ah, sí, de la gran Laura. ¡Bah! apenas me acuerdo de ella. Si Aristides, como queréis todos hacérmelo comprender, ha pagado las deudas de esa muchacha, evitándole por tal modo un viaje al extrajnero, es porque es menos apasionado por el dinero de lo que yo creía. Esto va a ponerle un gran predicamento para con las damas... Por mi parte, bien libre está el buen señor.

Sonreíase mientras pronunciaba aquel "buen señor" en tono rebosante de indiferencia amistosa. Y de súbito, volviendo a ponerse triste y paseando en torno suyo esa mirada de desesperación de las mujeres, que no atinan a qué distracción entregarse, dijo en voz queda:

—¡Oh! Bien lo quisiera... Pero no, no soy celosa, no lo soy en absoluto.

Y se detuvo, como si vacilara. Por último, con brusco acento, prosiguió:

—Ya tú lo ves, me aburro soberanamente.

Entonces se calló y se mordió los labios.

La hilera de coches continuaba desfilando a la orilla del lago con acompasado trote, con cierto murmullo de catarata lejana. A la izquierda, entre el agua y la calzada, se veían entonces bosquecillos de verdes árboles, de rectos y delgados troncos, que formaban curiosos haces de columnillas. A la derecha los sotos y los árboles enanos se habían acabado ya; el Bosque ostentaba extensos prados de césped, inmensas alfombras de verde hierba, interrumpidas acá y allá con grupos de corpulentos árboles; las verdes praderas veíanse siempre, unas tras otras, formando ligeras ondulaciones hasta la Puerta de la Muette, cuya verja se distinguía de lejos, semejante a un trozo de encaje negro extendido a ras del suelo; y allá en las cuestas, en los parajes en que las ondulaciones descendían, las hierbas aparecían de azulado matiz.

Renata miraba con los ojos fijos, como si aquella dilatación del horizonte, aquellas sedosas praderas, humedecidas por la brisa vespertina, le hubiesen hecho sentir con más energía el vacío de su existencia.

Tras de corto silencio, repitió con acento de reconcentrada cólera:

—¡Oh! sí, me aburro, me aburro hasta no poder más.

—Ya sabes que tu carácter no es de lo más regocijado—dijo tranquilamente Máximo.—Culpa es de tus nervios, seguramente.

La joven volvió a sentarse en la testera del coche.

—Sí, sí, estoy nerviosa—contestó con sequedad.

Después, con acento maternal, prosiguió:

—Voyme haciendo vieja, querido hijo mío; pronto cumpliré los treinta... Esto es horrible; en nada encuentro ya placer... Tú, a los veinte años, no puedes formarte una idea...

—¿Me has traído por ventura aquí para confesarte?—interrumpió el joven.—Sería cuento de nunca acabar.

Renata acogió esta impertinencia con débil sonrisa, como una genialidad de niño consentido a quien todo se le permite.

—Te aconsejo que te quejes—continuó Máximo.—En trajes y demás gastas más de cien mil francos al año, habitas en un espléndido hotel, tienes soberbios caballos, tus caprichos son leyes, y los periódicos se ocupan de todos y cada uno de tus vestidos nuevos, como si se tratara de un acontecimiento de la mayor gravedad; las mujeres de ti están celosas, y los hombres hasta darían diez años de su vida para besarte tan sólo las yemas de los dedos... ¿Es o no verdad?

Renata hizo con la cabeza un signo afirmativo, sin contestar una palabra. Bajando los ojos, volvió a rizar los mechones de la piel de oso.

—Vaya, no seas modesta—continuó Máximo;—confiesa lisa y llanamente que eres una de las columnas del segundo imperio. Entre nosotros estas cosas pueden decirse. Por lo que quiera,

en las Tullerías, en casa de los ministros, en la de los simples millonarios, abajo y arriba, reinas como verdadera soberana. No hay diversión ni placer en donde no te hayas metido, y, si me atreviera, si el respeto que te debo no me contuviera, diría...

Detúvose unos segundos y se puso a reír; después dió fin por modo libre a su frase:

—Diría que has probado todas las manzanas.

Ella no pestañeó siquiera.

—¡Y dices que te aburres!— repuso el joven con cómica viveza.—¿Hay lástima mayor? ¿Qué es lo que quieres? ¿Qué es lo que sueñas?

Renata se encogió de hombros como para decir que no lo sabía. Aunque había bajado la cabeza, vióla entonces Máximo tan seria, tan sombría, que no dijo una palabra más. Púsose a mirar la hilera de coches que, al llegar al extremo del lago, se ensanchaba y llenaba la amplia en crucijada. Los carruajes, ya no tan numerosos, daban la vuelta con exquisita gracia, y el más rápido trotar de los bridones resonaba con estrépito sobre la tierra dura.

Entonces la carretela, al dar la gran vuelta para ponerse en hilera, experimentó una oscilación que produjo en Máximo un deleite especial. Entonces, cediendo al deseo de abrumar a Renata:

—¡Vaya!—le dijo,—¡merecerías ir en coche de alquiler! ¡y te estaría bien empleado! Mira, mira ese gentío que regresa a París, esa multitud que se arrastra a tus plantas. Se te saluda como si fueses una reina, y poco falta para que tu excelente amigo, el señor Mussy, no te eche besos.

Efectivamente, un caballero saludaba a Renata. Máximo había hablado en tono hipócritamente burlón; mas Renata apenas se volvió, y

se encogió de hombros. Aquella vez el joven hizo un mohín de despecho.

—Pero, ¿en eso estamos?... En verdad, si todo lo tienes, ¿qué es lo que apetece aún?

Renata alzó la cabeza. En sus ojos fulguraban vivísimas claridades como una ardiente sed de curiosidad no saciada.

—Quiero otra cosa—contestó a media voz.

—Mas, una vez que todo lo tienes—repuso Máximo riendo,—otra cosa nada significa... ¿Cómo, pues, otra cosa?

—¿Cómo?—repitió Renata.

Y no prosiguió. Habíase vuelto por completo, y contemplaba el extraño cuadro que se desvanecía a su espalda. La noche se había casi ya echado encima; un lento crepúsculo parecía como si hiciese llover sobre la tierra una finísima ceniza. El lago, visto de frente, a la pálida claridad que se deslizaba todavía a flor de agua, se redondeaba, semejante a una inmensa placa de estaño; a ambas orillas los bosquecillos de verdes árboles, cuyos troncos delgados y rectos parecían salir de la dormida alfombra de verdura, diríase que en aquella hora tomaban la forma de columnatas violáceas, dibujando con su arquitectura regular las estudiadas curvas de sus riberas; luego, en el fondo, elevábanse espesuras de árboles; colosales follajes, confusas y extensas manchas oscuras cerraban el horizonte. Tras de aquellas manchas se percibía, como encendidas ascuas, una puesta de sol medio desvanecida, que no inflamaba sino un jirón de la inmensidad cenicienta. Por encima de aquel lago inmóvil, de aquella enana arboleda, de aquel panorama tan desprovisto de accidentes, la inmensidad del cielo se ofrecía, infinita, más profunda y más exenta aun. Aquel inconmensurable pedazo de cielo sobre tan pequeño rin-

cón de la naturaleza, producía un estremecimiento, una vaga tristeza; se desprendían de aquellas pálidas alturas tan otoñal melancolía, tan tenue y dolorosa obscuridad, que el Bosque, envuelto paulatinamente en un sudario de sombra, perdía sus gracias mundanales y se engrandecía, por el contrario, con el encanto poderoso de las selvas. El rodar de los carruajes, cuyos vivos colores se desvanecían en la sombra, se distinguía semejante a rumores lejanos de hojas caídas y de corrientes aguas. Todo se movía extinguiéndose. En el desfallecimiento universal, en medio del lago, la vela latina de la grande barca de paseo se destacaba, limpia y vigorosa, sobre la fulgurante ascua del ocaso. Y no se veía ya más que aquella vela, aquel triángulo de tela amarilla, ensanchada desmesuradamente.

Renata, dominada por su hastío, experimentó una singular sensación de no manifestados deseos en presencia de aquel paisaje, para ella ya desconocido, de aquella naturaleza tan artísticamente mundanal, convertida por la obscura noche en bosque sagrado, en una de esas ideales cañadas en cuyo fondo los antiguos dioses ocultaban sus gigantescos amores, sus adulterios y sus incestos divinos. Y a medida que la carretela se alejaba, parecíales que el crepúsculo se llevaba tras ella, en sus venas temblorosas, la tierra del ensueño, la vergonzosa y sobrehumana alcohada en donde por fin hubo saciado su corazón enfermo, sediento de goces.

Cuando ya el lago y los bosquecillos, desvanecidos en la obscuridad, no fueron sino una línea negra a ras del horizonte, la joven se volvió bruscamente, y con acento en que se mezclaban lágrimas de despecho, volvió a su interrumpida frase, exclamando:

—¿Que qué?... otra cosa, ¡pardiez! quiero

otra cosa. ¿Lo sé yo acaso? Si lo supiera... Pero, créeme, estoy hasta la coronilla de tanto baile, de tantas cenas, de tantas y tantas fiestas. Siempre lo mismo. Hay para morir. Y luego, los hombres son tan fastidiosos... Oh, sí, tan molestos...

Máximo se echó a reír. Tras de las actitudes aristocráticas de la mujer de mundo, se traspasaba la pasión amorosa. Ya no agitaba los párpados; la arruga de la frente se acentuaba con dureza, y su labio de niño mimado, aparecía más saliente y apasionado, como aspirando a aquellos goces que anhelaba sin poderlos nombrar. Se había fijado en la risa de su compañero, mas se hallaba en aquellos instantes demasiado agitada para detenerse; medio recostada y entregándose al suave balanceo del coche, prosiguió sus entrecortadas y secas frases:

—Sí, por cierto, son ustedes pesados y fastidiosos. No lo digo por ti, Máximo, que eres demasiado joven... ¡Pues si te dijera de qué modo me pesó Aristides al principio! Pues, ¿y los demás, los que me han amado?... Ya sabes que nosotros somos dos buenos camaradas, y contigo no me aburro; hablo de verdad, días hay en que por tal modo me siento harta de esta vida de mujer rica, adorada y saludada, que de buen grado me cambiaría por una Laura de Aurigny, por una de esas mujeres que viven a lo solteras.

Y como Máximo riese cada vez de mejor gana, ella insistió:

—Sí, una Laura de Aurigny, lo que debe de resultar menos soso, menos siempre la misma cosa.

Callóse por breves instantes, como para imaginarse la vida que llevaría a ser ella Laura. Después, con desanimada expresión, repuso:

—No obstante, todo bien considerado, esas

mujeres deben de tener también sus ratos de fastidio. Nada hay del todo divertido, no hay que darle vueltas. Es cosa de morir... Bien lo decía yo, haría falta otra cosa; ya comprenderás que no la adivino; otra cosa que no sucediese a nadie, que no se viese todos los días, que constituyese un goce raro, desconocido...

Su voz se fué poco a poco moderando, de suerte que las últimas palabras las pronunció como si buscase, entregándose a un ensimismamiento profundo.

La carretela, subía entonces la avenida que dirige a la salida del Bosque. La obscuridad iba en aumento; los recortados bosquecillos se extendían a ambos lados como tapiales cenicientos; las sillas de hierro, pintadas de amarillo, en donde las tardes primaverales toma asiento la burguesía vestida de fiesta, se extendían en hilera a lo largo de las aceras enteramente vacías, revistiendo la negra melancolía de esos muebles de jardín, sorprendidos por el invierno; y el rodar apagado y cadencioso de los carruajes al regreso, se deslizaba con lastimera queja por la desierta avenida.

No hay que dudar que Máximo consideraba de mal tono el juzgar la existencia por modo tan peregrino. Si bien era cierto que contaba aún pocos años para entregarse a arranques de exaltada admiración, estaba dotado, en cambio, de tan señalado egoísmo, de tan burlesca indiferencia, que experimentaba ya sobrado cansancio positivo, para no considerarse abatido, estragado y hastiado del mundo. Por regla general, cifraba su gloria en confesión semejante.

Recostóse como Renata, y dió a su voz un acento plañidero.

—Pues mira, tienes razón—dijo—hay para reventar de una vez. ¡Bah! no creas que me di-

vierto mucho más que tú; mil veces he soñado también otra cosa. Nada hay tan tonto como viajar. Ganar dinero, prefiero comérmelo, aunque no resulta siempre tan divertido como se nos figura en un principio. Amar, ser amado; pronto llega la saciedad, ¿no es así? pronto se llega a la saciedad.

Como la joven no contestase, él prosiguió como para sorprenderla con una tremenda impiedad:

—Por mi parte, querría ser amado por una religiosa. ¡Eh! ¡esto sería tal vez de lo más chusco! ¿No has soñado tú nunca en amar a un hombre en quien no podrías pensar sin cometer un crimen?

Pero ella permaneció sombría, y Máximo, viendo que guardaba silencio creyó que no la escuchaba. Con la nuca apoyada en el almohadillo borde de la carretela, parecía Renata dormir con los ojos abiertos. Pensaba, inerte, pasto de los ensueños que por tal modo la tenían aplomada y de vez en cuando ligeros latidos nerviosos contraían sus labios. Hallábase envuelta blandamente en la obscuridad del crepúsculo; todo cuanto aquella penumbra contenía de indecisa tristeza, de discreta voluptuosidad, de esperanzas no confesadas, penetraba en su interior, bañándola en una especie de ambiente lánguido y suave. A no dudarlo, mientras miraba fijamente las redondas espaldas del lacayo que ocupaba su sitio en el pescante, pensaba en los placeres de la víspera, en aquellas fiestas que encontraba tan sosas y de las que ya no quería disfrutar; revivía su pasada vida, la satisfacción inmediata de sus apetitos, los desengaños del lujo, la abrumadora monotonía de los mismos amores y de las mismas traiciones. Después, cual una esperanza, se le ofrecía, con es-

tremecimientos de deseo, la idea de aquella "otra cosa" que su excitado espíritu no podía encontrar. Al llegar a este punto sus ensueños se extraviaban; hacía esfuerzos, pero la palabra apetecida se ocultaba a la continua en la obscuridad que se venía encima y se perdía en el incesante rodar de los carruajes. El suave movimiento de la carretela era una vacilación más que no la dejaba formular su deseo. Y una tentación sin límites se alzaba de aquella vaguedad, de aquel ruido de las ruedas y de aquella blanda oscilación que la colmaban de delicioso letargo. Mil indefinidas ráfagas venían a orear su rostro: ensueños sin ilación, voluptuosidades sin nombre, anhelos confusos, todo cuanto un regreso del Bosque a la hora en que el cielo palidece, puede llevar de exquisito y de monstruoso al fatigado corazón de una mujer. Tenía ambas manos bajo la piel de oso y sentíase muy abrigada con su gabán de paño blanco con vueltas de terciopelo color de malva. Al estirar un pie para extenderse con toda comodidad, rozó con el tobillo la pierna de Máximo, quien ni siquiera paró mientes en aquel contacto. Una sacudida del carruaje la sacó de su semi-letargo; alzó la cabeza y miró por modo extraño con sus ojos grises al joven, recostado con toda elegancia.

En aquel entonces la carretela salía del Bosque. La avenida de la Emperatriz se extendía en derechura a la claridad del crepúsculo, entre las dos líneas de sus barreras de madera pintada de verde, que iban a perderse en el horizonte. En la contra-avenida, reservada a los jinetes, veíase a lo lejos un caballo blanco, destacándose su mancha clara sobre el fondo gris. Por el lado opuesto, a lo largo de la calzada, veíanse acá y allá paseantes rezagados, grupos de puntos ne-

gros, dirigiéndose pasito a paso hacia París. Y allá arriba, al extremo del reguero bullidor y confuso de los carruajes, el Arco de Triunfo, edificado al sesgo, destacaba su blancura sobre el inmenso cielo, color de hollín.

Mientras que la carretela iba subiendo con más acelerado trote, Máximo, contemplando abortito el aspecto del paisaje a la inglesa, se fijaba, a uno y otro lado de la avenida, en los hoteles de caprichosa arquitectura, cuyos musgos bajan casi hasta las contra-avenidas; Renata, en su soñolienta abstracción, se divertía viendo, allá en el horizonte, encenderse uno tras otro los mecheros de gas de la plaza de la Estrella, y a medida que aquellas vivas luces esmaltaban la moribunda claridad del día con diminutas llamas amarillas, ella creía percibir voces secretas que la llamaban; parecía que el refulgente París de las noches de invierno se iluminaba para ello y que le preparaba el desconocido goce que soñaba su saciedad.

La carretela tomó la avenida de la Reina Hortensia, yendo a detenerse al extremo de la calle de Monceaux, a algunos pasos del bulevar Mallesherbes, delante de un gran hotel situado entre patio y jardín. Las dos verjas, cargadas de dorados adornos, que daban al patio, estaban flanqueadas por sendos pares de faroles en forma de jarrones, cubiertos asimismo de dorados, y en los que resplandecían grandes llamas de gas. Entre ambas verjas, el portero habitaba un elegante pabellón, que traía a la memoria un templo griego en miniatura.

Cuando el coche iba a entrar en el patio, Máximo saltó ligeramente a tierra.

—Ya lo sabes — dijo Renata reteniéndole por la mano. — Nos sentamos a la mesa a las siete

y media. Cuentas con más de una hora para irte a vestir. No te hagas esperar.

Y agregó con una sonrisa:

—Tenemos a los Mareuil... Tu padre desea que te muestres muy galante con Luisa.

Máximo se encogió de hombros.

—No es carga poco pesada—dijo con desapa- cible acento.—No me niego a casarme con ella, pero obligarme a hacerle la corte raya en estu- pidez... ¡Ah, Renata! qué buena serías si me librases de Luisa esta misma noche.

Y se revistió de su actitud de bromista, va- liéndose del gesto y ademán que había tomado de Lassouche y del que se valía todas y cuantas veces iba a descolgarse con alguna de sus gra- cias habituales.

—¿Me lo prometes, mi querida mamá?

Renata le sacudió la mano como la de un ca- marada. Y en tono rápido y con nerviosa audacia de burla, dijo:

—Estoy en que si no me hubiese casado con tu padre, me habrías hecho la corte.

Al joven debió de parecerle aquella idea so- beranamente cómica, pues ya había doblado la esquina del bulevar Malesherbes, cuando se iba todavía riendo.

La carretela entró por último y se paró ante la escalinata.

Aquella escalinata, de peldaños anchos y ba- jos, se hallaba abrigada por una amplia mar- quesina acristalada, coronada por un lambre- quin de franjas y de glandes de oro. Los dos pi- sos del hotel se asentaban sobre las oficinas y dependencias de la casa, cuyas cuadradas ven- tanas, provistas de vidrios mates, se abrían casi a nivel del suelo. Encima de la escalinata se ade- lantaba la puerta del vestíbulo, flanqueada por delgadas columnas empotradas en la pared, for-

mando una especie de cuerpo saliente, con re- dondos vanos en cada piso, y alzándose hasta el techo, en donde terminaba por una especie de triángulo. A cada lado del hotel los pisos tenían cinco ventanas, alineadas con regularidad en la fachada, rodeadas con un sencillo marco de pie- dra. La cubierta, abuhardillada, era de forma horizontal, con anchos paños casi perpendicu- lares.

Mas por la parte del jardín, aunque por modo distinto, era no menos suntuosa; una escalinata real conducía a angosta terraza, que rodeaba todo el entresuelo; la balaustrada de aquella te- rraza, a estilo de las verjas del parque de Mon- ceaux, estaba más recargada aún de dorados que la marquesina y que los faroles del patio. En los ángulos del hotel se alzaban dos pabellones, dos especies de torres, medio empotrados en el cuerpo del edificio, y que proporcionaban en el interior habitaciones circulares. En el centro, otra torrecilla, menos saliente, se redondeaba ligeramente. Las ventanas altas y estrechas de los pabellones, más distanciadas y cuadradas casi en las partes lisas de la fachada, presenta- ban, en los bajos, balaustres de piedra y antepe- chos de hierro forjado y dorado en los pisos su- periores. Era todo aquello una ostentación, una profusión de riquezas. El hotel desaparecía ba- jo las esculturas. Alrededor de las ventanas, a lo largo de las cornisas, veíanse ensortijadas guirnaldas de ramos y flores, había balcones semejantes a canastas de verdura, sostenidas por mujeres desnudas, con caderas exageradas y pronunciados pechos; aquí y allá habíanse co- locado escudos de pura fantasía, racimos de uvas, manojos de rosas, toda la florecencia po- sible de la piedra y del mármol. Conforme se alzaba la vista, más y más florecía el hotel. En